

ESCENA XXV

Sale FULGENCIA.—DICHOS.

FULGENC. A los venturosos ecos
del perdón de mi Lisauro
ya á besarte los pies llevo.

ESCENA XXVI

Sale EFIGENCIA.—DICHOS.

EFIGENC. Y yo á pedirte perdón.
LISAURO. ¡Dulce esposa!
FULGENC. ¡Amado dueño!

ESCENA XXVII

Sale CANDADO.—DICHOS.

CANDAD. A gozar viene Candado,
entre tantos, un día bueno.
LISAURO. Con la mitad de mi hacienda,
pues cuanto tengo te debo
por leal y por constante.
CANDAD. Ya tus daños fenecieron.
LISAURO. A Honorato, desterrado,
habéis de alzar el destierro.
DUX. Ya no os puedo negar nada.
Vamos, Lisauro, y daremos
principio á vuestra ventura,
á vuestras penas consuelo.
LISAURO. Y fin, con vuestra licencia,
al *Honroso atrevimiento*.

HABLADME EN ENTRANDO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

DON PEDRO DE BUSTOS.
DON ALONSO.
DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.
JUANCHO, vizcaíno.
DOÑA ANA HURTADO DE MENDOZA.
RODRIGO, criado.

DON LUIS HURTADO DE MENDOZA.
TORIBIA, labradora.
LUCÍA, criada.
MENDO, viejo labrador.
SANCHO, su hijo.
MÚSICOS.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salen DON PEDRO DE BUSTOS y DON ALONSO, su amigo,
de noche, con MÚSICOS, por una parte, con un CRIADO
con una escala, y por otra DON DIEGO HURTADO DE
MENDOZA, de camino, con botas y espuelas, y JUAN-
CHO, vizcaíno, cargado con el cojín y la maleta en
la cabeza, ridiculamente vestido. Arrimanse á una
parte, y mientras cantan vayan paseando el ta-
blado DON PEDRO y DON ALONSO.

MÚSICOS. (Cantan.) «Si no velaran mis ojos
no celebrarían las dichas
de los que durmiendo matan,
de los que matando hechizan.
Si no durmieran los tuyos,
glorificarían su vista
los palpitantes despojos
de las más seguras vidas.
¡Ay, ay, qué desdicha!
A quien mira su alma, deja sin vida.»

ALONSO. ¡Extraño recogimiento!
PEDRO. ¡Doña Ana, doña Ana!
DIEGO. Avisa,
Juancho, al mozo que las mulas
aleje donde, escondidas,
aguarden, y vente luego.
JUANCHO. ¿No las asas y las pringas;
aún no llegas, ya las tienes
currucamientos?
DIEGO. Ves aprisa

JUANCHO. ¿Tienes gana de comer?
¿Cómo no las necesitas?
Juancho, matas holandeses
y ya que piensas ventás
juras á Dios á matar
holandeses del Barriga.
¿Cantadorean detienen?
¡Al diablo les das venidal (Vase.)

ESCENA II

DICHOS, menos JUANCHO.

DIEGO. Ya que nos trujo la suerte
cuanto piadosa propicia
en tan dichosa ocasión,
encubramos esta esquina
hasta ver de estos galanes
el intento.

ALONSO. ¿Qué? ¿porfía
la doncelleja?

PEDRO. Es de suerte,
que regalos y caricias,
dádivas que son de amor
la mayor artillería,
pasando necesidades,
no han bastado á persuadirla
á que le niegue al honor
lo que su sangre le dicta.
Vengo resuelto...

DIEGO. Esto es malo. (Ap.)

PEDRO. A escalar...

DIEGO. Función indigna
de un pecho hidalgo.

PEDRO. Su casa,

si piadosa no acredita
con terneza los favores
que me debe, pues me anima
mi amor, mi agravio, la noche,
no tener quién me lo impida
por estar su hermano ausente
en esta ocasión.

ALONSO. Pues mida
tu gusto su voluntad,
que á tu lado estoy.

ESCENA III

Sale JUANCHO.—DICHOS.

JUANCHO. Retiras
mulas al mozo, la guardas
en un callejón metidas,
gruñes mozo, mulas dije
no comen paja vizcaína,
no sabe de burlas Juancho
darle en cox en la barriga,
confesión pides, bien puedes
ser su confesor.

DIEGO. No impidas
con tus voces la ocasión
que, piadoso, en mis desdichas
me ofrece el cielo.

ALONSO. ¿Mejor
no fuera, si pretendía
tal rompimiento tu amor,
que, sin despertar vecinos,
curiosos lince de noche,
parleros duendes de día,
te valieses del silencio?
Porque la música avisa
á los descuidados ojos
y á la vecindad incita
á curiosidad.

PEDRO. No, primo;
porque primero querría
ver si puedo con ternezas,
con músicas, con caricias,
ablandar este imposible
dulce hechizo de mi vida,
si me ofreciese esperanzas,
más piadosa, más rendida,
que entreteniendo deseos
paguen finezas debidas,
iré engañando temores,
y si en prudente porfia
se resiste, atropellando
respetos del oprimirla
á que por fuerza mitigue
mis pasiones.

ALONSO. Pues prosiga
tu gusto su intento.

PEDRO. Canten,
y á aqueste balcón te arrima
para obligalla á que salga
si se resistiera.

DIEGO. Mira,
Juancho, que no te divisen.

JUANCHO. Juras á Dios que barriga
tienes junto á puerta falsa
y resuello que le quitas.

MÚSICOS. «Abre, pues, divina aurora,

esa oriental celosía,
saldrá para el cielo el sol
y para mi noche el día.»

PEDRO. ¡Ah doña Ana! ¡ah dulce dueño!
Abre, pues mi amor te anima.

MÚSICOS. «Rayos fulminan tus ojos
que á un tiempo matan y miran.
¡Ay, ayl qué desdicha:
que quien mira sin alma deja sin vi-
[da.]»

ESCENA IV

Sale Doña ANA HURTADO DE MENDOZA á la ventana.
DICHOS.

ANA. Caballeros, si lo sois,
pudiera la cortesía
moveros á no infamar
los blasones que autorizan
estas antiguas paredes
que, aunque ausentes, vivifican
los Hurtados de Mendoza,
solar desta casa antigua.
¿Qué pretendéis desluciendo
el honor que me acredita,
á quien el sol presta rayos
y á quien el cielo da envidias?
¿Qué fineza en mí habéis visto,
qué señales, qué premisas
de mal nacidos descos,
de esperanzas mal perdidas?
Caballeros que pretenden
con apariencias fingidas,
si pensáis que antiguos bandos
y enemistades antiguas
han de amedrentar mi honor
para que su fuerza os rinda,
no debéis de haber mirado
que alientan la sangre mía
de los Hurtados Mendozas
las no manchadas reliquias;
idos luego de la calle,
ó por las luces divinas
(que en escuadras mal formadas
mis pretensiones animan),
que en defensa de mi honor,
que en mi pecho se acredita,
rayos fulmine mi diestra,
aborten mis ojos iras.

JUANCHO. Dicho lo dicho señora,
firme como vizcaína;
Juancho tienes, tente en buenas
Curtusca perra judía.

(Va á salir y Don Diego le detiene.)

DIEGO. Juancho, detente. ¡Bien haya
quien á los suyos imital

JUANCHO. ¡Juras á Dios!...

PEDRO. Ana hermosa;
cánsate de ser esquiva
con quien hoy se obliga á honrarte
dándote para que vivas
hacienda, no te resuelvas,
y advierte que si porfías
no estimando ofrecimientos
ni acreditando caricias,
que, forzado del amor
que mis deseos animan,

alborotando memorias
que muertos hoy resucitan,
me arrojaré...

ANA. ¿Cómo es eso?
PEDRO. A que por fuerza...

ANA. No digas
razones que, imaginadas,
ofenden antes que dichas.
¿Tú has de atreverte á violar
el solio donde autoriza
mi castidad su pureza,
mi virtud su esencia misma?
¿No te cansan altiveces?
¿no te ofenden demasías,
que ocasionando á mi padre,
le forzaron á que viva
ausente, si ya no es muerto,
dejando al tuyo sin vida
por desmentirle?

PEDRO. Doña Ana,
esas memorias me animan;
abre, ó llegaré una escala,
pues hacerlo facilita
no tener reja el balcón.

ANA. ¡Que esto los cielos permitan!
¡Villano! ¿Con tal vileza
piensas lavar el antigua
mancha de tu casa?

DIEGO. ¡Ah pesia!
JUANCHO. ¿Qué pesia, que te imaginas?
¿que le aguardas, que no sales,
y ¡zis, zas?

PEDRO. Apercebida
la traigo, llegadla aquí.
(Lléganla al balcón.)

ALONSO. Abre, acaba.

ANA. ¡Fementida
canailla! si no del suelo,
del cielo aguardo justicia.

PEDRO. ¡Oh, pesia tanta paciencial
(Sube Don Pedro.)

ANA. ¡Justicia, cielos!
JUANCHO. ¡Maldita,
ánima seas! ¿qué esperas?
(Sale Juancho y apártale don Diego.)

DIEGO. Quita, aparta. Bien podía.
Baje acá, hidalgo, aunque miento;
que quien con mujeres libra
las venganzas de su espada
tiene mucho de gallina.
(Baja de la escalera.)

Considera que esta casa
es, según tengo noticia,
de un Hurtado de Mendoza
á quien la fama acredita
con valerosas hazañas;
de quien, si acaso se olvida,
dará entera relación
el luto de la capilla
adonde su padre yace;
mudo ejemplo que le avisa
que no se atreva soberbio
á derramar valentías
con quien por mujer no tiene
fuerzas para resistirlas.
¡Por cierto, brava facción;
empresa honrosa y altiva;

venganza bien satisfecha,
y á poca costa adquiridal
¿Con una dama rigores?
Mas no es mucho, ¡por mi vida!
que valientes de alfeñique
tomen venganzas de almíbar.
Esta sí, ¡cuerpo de Dios!
era acción bien parecida,
con propia sangre ganada
y á estocadas adquirida,
no con mujeres. Acaben,
dejen la calle.

ANA. ¿Hay tal dicha?
PEDRO. Hombre ó diablo, ¿quién te obliga
á que incites mi rigor?

ANA. Hombre ó ángel, ¿quién te envía
á que mi casa defiendas?

DIEGO. Sólo la razón me incita.

ANA. Señor, ¡zis, zas!

PEDRO. Si eres loco,
presto tendrá tu osadía
el castigo con la muerte.

ALONSO. ¡Matadle! ¡Muera!
(Embisten todos con él.)

DIEGO. Oprimida
la cólera por los ojos,
ardientes rayos conspira.
Diego Hurtado de Mendoza
soy, canalla.

ANA. ¡Hermano!
DIEGO. Grita,

que á castigar mis ofensas
el mismo cielo me envía.

PEDRO. ¡Muera, matadle!
JUANCHO. ¡Zis, zas!

¡Muera esta perra judía!
(Mételos á cuchilladas Don Diego y
Juancho.)

ANA. ¡Dios te libre!

PEDRO. (Dentro.) ¡Muerto soy!

ALONSO. Huyamos.

CRIDAD. 1.º A la justicia
llamen.

ESCENA V

Salen DON DIEGO y JUANCHO.—DICHOS.

JUANCHO. ¡Juras á Dios, liebres,
si aguardas hago cecinas!

DIEGO. Muerto queda.

JUANCHO. Ya le mueres,
patadas des en el Chinas;
confites pides.

DIEGO. ¡Hermana!

ANA. Diego, ¿estás herido?

DIEGO. Aprisa,
échate por esa escala.

ANA. Ya me arrojo.

JUANCHO. Escucha, mira;
si tienes algo que comas,
arroja.

ANA. No.

DIEGO. ¿Que eso pidas?

JUANCHO. ¿Ni vino?

ANA. Tampoco.

JUANCHO. ¡El diablo
juras Dios, que caminas!

DIEGO. Juancho: las mulas volando
saca de León aprisa
al camino de Rioseco.

JUANCHO. ¿En ayunas?

DIEGO. Qué, ¿aún porfías?

JUANCHO. Lleva el diablo las muelas
que tienes si no ejercitas. *(Vase.)*

UNO. *(Dentro.)* Saquen luces á esas rejas.

OTRO. A don Pedro, ¡gran desdichal
han muerto.

OTRO. Por aquí van.

DIEGO. La confusa vocería
nos cerca; ponte en mis brazos,
que en la diligencia estriba
nuestro remedio.

ANA. ¡Ay de mí!
Hermano: salva tu vida,
que yo no importo.

DIEGO. Acabemos.
(Cógela en brazos.)
¡Adiós, pues, ciudad antigua;
adiós, casa solariega,
que mis pasados tenían
por defensa, por sagrada,
que mi fortuna me obliga
que deje vuestras paredes!

UNO. *(Dentro.)* Por acá.

DIEGO. Mas si porfía
Diego Hurtado de Mendoza,
que sus blasones no olvida,
clavará un clavo en su rueda
por que pare en sus desdichas.
(Vanse.)

ESCENA VI

*Salen DON LUIS HURTADO DE MENDOZA y RODRIGO,
criado, y otros de camino; DON LUIS con hábito de
Calatrava.*

LUIS. Rodrigo: dile al cochero
que por allí era mejor,
que éste es mal paso.

RODRIGO. Señor,
sabe...

LUIS. Rodrigo, no quiero;
déjame ver este campo
que ha veinte años que dejé.

RODRIGO. La noche lo impide.

LUIS. A fe
que adonde la planta estampo
he venido más de dos
veces á cazar, y allí
diviso, sí, ya la vi,
la casa, ¡válgame Dios,
cuánto me alegro de vella!
de placer de don Rodrigo.
Fué mi verdadero amigo;
todo el tiempo lo atropella,
pues murió en la juventud
de su edad, buen caballero,
de cuya desdicha infero
que también en la quietud
llega presto el ramalazo
de la muerte. Este arroyuelo
me ha servido de consuelo.
Ya á León corto pedazo

nos queda, no hay una legua
si ya no me acuerdo mal.

RODRIGO. Sabe, pues, que es arenal
este que pisamos.

LUIS. Tregua
pone al cansancio el gozar
destos árboles y fuentes,
cuyas honradas corrientes
aun no saben murmurar.
Cuando pasé por aquí,
mis hijos, aun por criar,
sin madre á quien apelar
de mi ausencia, iba sin mí.
La yegua que me llevaba
dos mil veces maldecía,
y al paso que ella corría
mi corazón arrancaba.
¡Cuántas veces por los dos
hijuelos quise volver!
Y lo hiciera á no tener
temor y respeto á Dios.
Envidia á tener llegara
del muerto, y al mismo punto
su rostro helado y difunto
recelé que me llamaba.
Veinte años ha que partí
desta ciudad, y otros tantos
ha que entre tristeza y llantos
á mis desdichas nací.
No he sabido de mi casa
en este tiempo, y de mí
no han sabido.

UNO. *(Dentro.)* Por aquí.

OTRO. Seguidlos.

DIEGO. *(Dentro.)* ¡Ah, suerte escasa
que me persigues!

LUIS. ¿Qué es esto?

RODRIGO. Como ya va amaneciendo
un hombre admiro corriendo,
señor, hacia aqueste puesto.

LUIS. Voces distintas escucho.

OTRO. *(Dentro.)* Ataja; por aquí van.

ESCENA VII

Sale DON DIEGO con DOÑA ANA.—DICHOS.

DIEGO. ¿Dónde, desdichas, irán
mis pasos? Pero no es mucho,
si de vosotras nací,
que me persigáis. ¿Qué es esto?
En más peligro estoy puesto;
ya la esperanza perdí.

ANA. Diego, procura librate.

DIEGO. Sin ti, ¿cómo he de poder
dejándote á percer?

ANA. El corazón se me parte.

LUIS. ¿Quién va allá?

DIEGO. Un cuerpo sin alma
á quien persigue la muerte,
y como el alma le falta,
aunque le mate, no muere.
Mas ¿quién lo pregunta?

LUIS. Un alma
que á buscar su cuerpo vuelve,
que ha días que le perdió
y no vive hasta tenerle.

DIEGO. La risa de la mañana,
que sólo en esto parece
que me es el cielo propicio,
ilustre señor, me advierte
vuestro venerable aspecto;
que aquesas bondas de nieve
son el iris que bonanza
á mis naufragios promete.
Esa cruz que os cruza el pecho
me anima, porque no puede
pecho con tan nobles armas
no ser piadoso y prudente.
Soy noble, aquesta es mi hermana;
mujer sabia, ilustre y fuerte,
afrenta de las pasadas,
envidia de las presentes;
de vos me atrevo á fiarla,
seguro que un noble siempre
de honor favorece y honra
á quien dél quiere valerse.
Si vais á León, os pido
que procuréis que no lleguen
á vengarse mis contrarios
con su infamia ó con su muerte,
metedla en un monasterio;
si vais á otra parte, denme
vuestros labios la noticia,
para que, si el cielo quiere
librarme, vaya á serviros.

LUIS. Caballero, tiempo es este
en que no importan palabras;
el rey me ha hecho mercedes,
en premio de mis servicios,
de que en Oviedo gobierne
su distrito, y voy ahora
á tomar posesión; quede
por mi cuenta la opinión
desta señora, que en este
punto la he constituido
por mi hija, y aunque pese
al mundo, la he de amparar
aunque mil vidas perdiere.
Con esto partid seguro;
mirad que llega la gente.
Guárdeos el cielo.

DIEGO. Acabad,
avisadme á Oviedo.

LUIS. Queden
mis esperanzas con vos,
que si el tiempo les concede
á mis desdichas alivio,
que me prodiguen y ofenden,
Diego Hurtado de Mendoza
pagará tantas mercedes. *(Vase.)*

ESCENA VIII

DICHOS, menos DON DIEGO.

LUIS. ¿Cómo, cómo? Aguarda.

RODRIGO. Al viento
en la ligereza excede.

LUIS. ¡Válgate Dios por rapaz
lo que has crecido!

ANA. Que llegue
á vuestros pies no os asombre
quien ya por su padre os tiene.

LUIS. Tomad, señora, mis brazos,
que, como padre, os ofrecen
defenderos y serviros.
¿Cómo os llamáis?

ANA. Si mi suerte
me hubiera dado ventura,
de noble sangre deciendo,
Ana Hurtado de Mendoza.

LUIS. Ea, las lágrimas no pueden
dejar de salir. Rodrigo,
ve al punto que el coche espere
y mete aquesta señora
en él, y por que no lleguen
á conocerla, un volante
cubra su rostro, y advierte
al cochero, si llegasen
á reconocer, que siempre
digo que es doña Ana mi hija
y que al camino atraviese
de Oviedo, que no he de entrar
ya en León.

ANA. El cielo aumente
tu vida.

RODRIGO. Vamos, señora.
¡Confuso voy!
(Vanse Doña Ana y Rodrigo.)

ESCENA IX

DON LUIS solo.

¿Qué me quieres
fortuna? ¿cómo dispones
mis desdichas desta suerte?
¿Cuando pensé que venía
entre los brazos alegres
de mis hijos, los apartas
de mis ojos y previenes
otras mayores desdichas?
Cánsate ya de ofenderme.
Bien me pareció el rapaz,
alentado es y valiente,
es hijo de buena madre.
¿Qué le obligará que deje
su casa? ¡Qué confusión!
Dios te libre y Dios te lleve
á mis ojos. La rapaza
es como un oro y parece
varonil. ¡Dios me la guarde!
(Dentro.) Ataja, que ya está cerca.

UNO. Por aquí, por aquí.

OTROS. Por aquí, por aquí.

ESCENA X

*Sale JUANCHO con dos frenos y la espada desnuda.
Dicho.*

JUANCHO. Llevas
el diablo quien tanto corres.

LUIS. ¿Quién va allá?

JUANCHO. Un hombre que tienes
mucha gana de comer
y menos de que le cuelgues.

LUIS. ¿De quién huyes?

JUANCHO. De gallinas
plumas escribanos tienes,
garras tienes alguaciles,

alones tienes corchetes,
y cuerpo tienes soplonos,
mulas quitas lo que sientes
el freno arranco y les dejo
sin timón que les gobierne.
¿Tienele pan su merced?

LUIS. Sin duda criado es este
de Diego. Decid, soldado,
si acaso decir se puede:
¿servís á don Diego Hurtado
de Mendoza?

JUANCHO. Mi amo es ese,
aunque pese al mundo.

LUIS. ¡Ah noble
nación! Pues no es tiempo aqueste
de dejarle; aquesta bolsa
tomad, amigo, y dirísle
que su padre se la envía.
(Dale una bolsa.)

JUANCHO. Su padre ha mucho que mueres,
¿qué diablos dices?

LUIS. Andad,
que yo sé bien que él me entiende;
atravesad ese monte,
que esos riscos que pretenden
ser columnas en que estriban
del hemisferio los ejes
le esconden.

JUANCHO. Pues ¿hacia dónde
camina?

LUIS. A mí me parece
que á Oviedo.

JUANCHO. ¡Juras á Dios
que si no vienes la muerte
que le tienes de seguir,
aunque el diablo se le lleve!
Mas sin bebes y sin comes;
buen consejo me parece
poner el freno del mula,
así entretendrás los dientes,
(Pónese un freno delante y otro detrás.)
Juancho, y el hambre también.
Ya el uno puesto lo tienes
y esotro póngole aquí,
que, pues no comes ni bebes
ya pues de nada le sirves
hasta que el tiempo le llegues,
bien es, Juancho sin ventura,
que ambos agujeros cierres.
(Vase con los dos frenos.)

LUIS. Ya el coche va atravesando.
Diego, Dios te libre y lleve
á mis brazos y á mis ojos;
Ana, venturosa suerte
te dé el cielo por que entrambos
seáis en dolor tan fuerte
el báculo de mi vida
y el descanso de mi muerte. *(Vase.)*

ESCENA XI

Sale TORIBIA con capa aguadera, á lo asturiano, y con agujada, y Lucía, su criada, de la misma suerte; haya ruido de carretas y cantará Lucía al son del ruido de la carreta.

LUCÍA. «Que ya as doncelas de León
libertadiñas son.

O Rey Mauregato,
menguado y traidor,
al cordobés moro
en feudo las dió.
Dios nos guarde el Rey
que las libertó
que ya as doncelas de León
libertadiñas son.»

TORIBIA. Lucía.

LUCÍA. ¿Qué mandas?

TORIBIA. Ten

esos güeyes aguidados
y pazcan en esos prados
sin las coyundas también;
échales heno.

LUCÍA. El mohino
en la laguna bebió;
pero luego que acabó
la echó por otro camino,
aunque poco más sobida
de color.

TORIBIA. Mis güeyes son,
Lucía, en toda ocasión,
de condición muy comprida,
si un arroyo se desata
y beben por su decoro,
al punto pagan en oro
lo que bibieron en prata.
Cuando los hace cosquillas
el prado alegre y sutil,
si le comen peregil
le vuelven albondiguillas.
Cuando desta sierra el rizo
de la nieve el hielo afila
y á estas faldas se destila
con perpetuo romadizo.
si de cualquiera manera
abrigo los damos luego,
tortas nos dan para el huego
de bizcocho de galera.
Cortesés por maravilla
son siempre, si en mi conciencia,
que hacen una reverencia,
que quiebran una costilla.
Todas las virtudes se hallan
en ellos, pues, divertidos,
son güenos para maridos
que sufren, comen y callan.

LUCÍA. Esto de ser saterica,
¿cuál diablo te lo ha enseñado?

TORIBIA. Cualquier villano es lletrado
si á las malicias se aprica.
Desunce los güeyes.

LUCÍA. Voy.
Verá lo que hace el bragado
zagüey.

(Vase.)

TORIBIA. En aqueste prado
me asiento, cansada estoy.
¡Válgame Dios que es de ver
amanecer la mañana
con su capote de grana
cuando juega al esconder
el sol, que aún no conocido
con halagos lisongeros,
mos viene haciendo pucheros
tembrando y recién nacido!

¡Válgame en esta ocasión
todos los siete durmientes!
(Echase al pie del monte á dormir, y dice Lucía dentro.)
LUCÍA. ¿Qué toyes? ¡Huego en los dientes
zagüey con la maldición!
(Canta Lucía.)
«Las tres periñas do ramo, ¡oy!
son para vos meo amo.»

ESCENA XII

Mientras va cantando asoma por lo alto de un monte DON DIEGO, lleno de polvo y mirando abajo.—Dichos.

DIEGO. Ya apenas puedo mover,
valor, los cansados pasos;
no sé por dónde descienda,
que sois tan fragosos y altos,
que incontrastables os miro
y os admiro temerarios.
Con las nubes competís
y así podéis alabaros
de que en tan alto habéis puesto
un hombre tan desdichado.
Si esta senda permitiera,
por dicha, bajar al llano,
fuera alivio de mis penas.
(Va bajando.)

Parece que ha abierto paso
el cielo á mis desventuras;
algún arroyo ha dejado
esta mal formada senda;
gente parece que abajo
asiste; unos bueyes miro
paciendo, y allí cantando
está un pastor; llamar quiero,
quizá llevará un bocado
de pan. ¡Ah, pastor amigo!
¡Hola! ¡ah, pastor!

TORIBIA. *(Recuerda.)* ¿Quién diabros
mos corrompe el sueño?

DIEGO. ¡Cielol
¡parece que estoy soñandol

TORIBIA. ¿A quién gritas ó qué quieres?

DIEGO. Zagala, que esos peñascos
parece que por deidad
para mi bien te guardaron:
sabe, pues, que vengo huyendo
de mí mismo; porque traigo,
por sombra de mis acciones,
la desdicha de mis hados.
Nací en León, donde anoche,
apenas recién llegado
de Cádiz, donde á mi Rey,
resuelto y determinado
quise ofrecerle mi vida
por víctima de mis años,
arriesgada en su defensa,
en el furioso rebato
que el inglés le presentó,
bien á costa de su daño,
al fin llegando fué fuerza
que, intentando hacerme agravio,
á un caballero le diera
muerte; siguiéronme cuantos

parientes tiene y también
la justicia, háme guardado
el cielo para que ahora
viniese á dar en tus manos.

TORIBIA. Afilido caballero,
á buen puerto habéis llegado;
bajad, no tengáis temor,
que por los cielos sagrados,
que á quien intente ofenderos,
que á quien presuma enojaros,
como si fueran gorriones
los mate con ese palo.
Estas montañas habita
mi padre, un noble serrano;
es dueño de cuanto miran
vuestros ojos, que esos pagos
todos le rienden tributos
y le sustentan ganados.
Tiene dos hijos, que somos
yo y Sancho Díaz mi hermano;
vengo ahora de León
de vender en esos carros
la manteca y el carbón
uno prieto y otro blanco,
ca cá non damos concetos
como allá los cortesanos.
Sentaos, que seguro estáis
y comeréis entre tanto,
que allá en casa se os aliña
algún locido regalo
pan y queso, que aquesto es
el más sabroso en el campo.
Sentaos y descansaréis.

(Siéntase y saca de las alforjas pan y queso.)

DIEGO. Sólo con veros descanso.

TORIBIA. Pues si descansáis con verme,
id comiendo y descansando,
que yo me pondré aquí enfrente.

DIEGO. En vos, sin duda, juntaron
la piedad y la hermosura
mucha gracia en pocos años. *(Come.)*

ESCENA XIII

Sale JUANCHO por lo alto de otro monte con los frenos puestos.—Dichos.

JUANCHO. ¡Juras á Dios que esta tierra
es buena para milanos!
Campo lleno de verrugas,
¿cuándo llegarás al llano?
Tú, Juancho, ya que no comes,
cantando siéntate un rato.
(Siéntase y canta mirando abajo.)

«¿Quién quieres pan que lo arrojé,
tres días ha que no como?»

DIEGO. ¡Vive Dios que aquella voz
la conozcol ¡Juancho, ah Juancho!

JUANCHO. ¿Quién llamas Juancho? ¿qué es esto?

DIEGO. Juancho, baja, que aquí tengo
que comas.

JUANCHO. Estáis soñando,
pues no tienes por adónde
mejor bajarás rodando.

(Echase á rodar.)

¡El diablo llevas el frenos,
las narices me he quebrado.
DIEGO. ¿Cómo los traes así?
JUANCHO. No es tiempo para contarlo;
hartaré pan y después
dirélo. ¿Quién te le ha dado?
DIEGO. Esta serrana piadosa
que hoy ha de ser nuestro amparo.
JUANCHO. ¡Oh serrana panadera!
Deja besar el zancajo.
TORIBIA. Levantaos, Juancho, comed;
que después podréis besarlo.

ESCENA XIV

Sale Lucía.—DICHOS.

LUCÍA. Ya es hora, si te parece,
que nos vamos. ¡San Hilario!
¿con hombres estás, Toribia?
TORIBIA. Calla, que es un hombre honrado
caballero de León,
que, huyendo por ciertos casos,
llegó triste y afligido
por entre esos riscos altos
á pedirme pan, y á fe
que lo hubiera perdonado,
porque no sé qué cosquillas
siento en el alma.
LUCÍA. Es gallardo.
¿Y estotro quién es?
TORIBIA. Estotro
diz que es Juancho, su criado.
LUCÍA. Pues, Toribia, á Juancho alojo,
porque si hubiera arrebatado
adonde muriese Ero
es bien que muera Leandro;
en el alma encaramado
le tengo ya.
JUANCHO. ¿Qué me dices?
Lucía. Hasme un puchero.
LUCÍA. Y aun cuatro.
JUANCHO. Si le tienes algo dentro
comeremos un bocado.
LUCÍA. ¡Alto, á subir!
JUANCHO. Vamos, pues,
matada me llevas, Juancho;
al diablo le das amor.
(Vanse los dos.)
DIEGO. No eres para panciflacos.
TORIBIA. Ya unce Lucía, vení
y no me engaños.
DIEGO. Si engaño
te hago, muera, Toribia,
á tus bellisimas manos.
TORIBIA. ¡Qué de embustes, qué de enredos
hechiceros cortesanos,
algún diablo os trujo aquí!
DIEGO. ¿Queréis darme una mano,
que estoy cansado?
TORIBIA. Y aun dos.
(Asense de las manos, y va TORIBIA ti-
rando del.)
¡Ay Dios, qué blancos pedazos
de ñeve; no sé qué siento
parece que estoy temblando,
y á un tiempo mismo parece
me acucian con gozo y llanto,

aquí, en los ojos, cosquillas;
aquí, en el pecho, milanos.
(Vanse asidos.)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Salen Toribia y Lucía.

TORIBIA. Como digo de mi cuento,
en la carreta sobió
cansado, y lo que pasó
prega á Dios que sea en descuento
de mis pecados, amén;
porque cuando me miraba
blandos ojuelos me echaba,
más que fruta de sartén.
Yo, que estaba corrompida,
queriendo desimular,
aun no le osaba mirar
vergonzosa y encogida,
y con palabras fulleras
comenzándome á agarrar,
pardiez, que quería pasar
de las burlas á las veras.
Yo, que turbiada miré
al mozo, con bravo ahinco
empujéle, y con un brinco
de la carreta salté.
Llegamos á casa, al fin,
él triste, yo mesurada,
que este honor, esta nonada
es de los gustos mal fin.
Mal haya su opinión vana,
pues, en casos diferentes,
les hace hacer á las gentes
lo que no tienen en gana.
LUCÍA. Crudelia fuiste con él,
Toribia, si en mi verdad,
que un pecilgo no es maldad
que corrompió el arancel.
Mi Juancho hué más cortés,
en la carreta sobió,
y á la larga se tendió
encaramando los pies
sobre una estaca, y mohino
porque el vino le faltó,
al columpio se durmió
roncando como un cochino.
Nuesa carreta chillaba
y él, al paso que groñía,
el contrabajo llevaba.
Yo pasé muy malos ratos
porque, como era á porfia,
todo junto parecía
una capilla de gatos:
la carreta el ponedor
donde los libros están,
el pértigo el sacristán
que los vuelve alrededor,
y porque esto viene á punto,
una capilla tan brava
el un güey les enseñaba
con la cola el contrapunto.
TORIBIA. Padre viene.

ESCENA II

Salen Mendo, viejo, y Sancho su hijo, de villanos,
y Rodrigo, Don Luis y Doña Ana.—DICHOS.

LUIS. El coche queda
á la falda desos riscos,
á quien coronan lentiscos
y apacible murta enreda.
Es tan fragoso el camino,
que por él precipitado,
siendo mirador del prado,
fui de las nubes vecino;
viendo imposible el remedio
en fortuna tan cruel,
sacar á mi hija dél
tuve por más sano medio,
y al fin con ella en la yegua
vengo á que le encaminéis.
MENDO. Bien presto verle podéis,
que aun no hay un cuarto de legua.
Sancho: salta en la tordilla
y por el collado abajo,
le guía por el atajo
que para en la fuentecilla
del Olmo, que por allí
vendrá á placer.
SANCHO. A eso voy;
descansad, mientras que doy
á vuestro cuidado así
sosiego, hermosa señora.
Si el coche cuidado os da
no lloréis, porque vendrá
presto. Por el coche llora;
¡quién fuera cochel ¡ay de mil
Sancho: vuela, acaba pues.
MENDO. De promo tengo los pies
SANCHO. después que estos ojos vi.
¡Voto al sol! ojos serenos,
si es que el coche os causa enojos,
que os traiga el coche en mis ojos
y esto será lo de menos. (Vase.)

ESCENA III

DICHOS, menos SANCHO.

LUIS. Hija, divierte el cuidado
que tus tristezas te dan,
que yo espero que tendrán
consuelo presto.
ANA. Si enfado
os causa, señor, el ver
afectos del corazón,
son hijos de una pasión
á quien no puedo vencer.
Si un bien solo que tenía,
cuando apenas le gocé,
ya su muerte contemplé
y entre su muerte la mía,
que celebre no os espante
con lágrimas mi dolor.
TORIBIA. A esa le hirió el amor
por detrás ó por delante;
pues trae dolor semejante,
para Dios que no tengamos
algo en que entedel, Lucía.

MENDO. Descansad, por vida mía,
aquí esta noche.
LUIS. No vamos
para sosegar, que ponen
de aquí á Oviedo cinco leguas.
MENDO. Poned al cansancio treguas,
pues mis venturas disponen
que tenga esta humilde choza
todo el bien que ha deseado.
LUIS. Un afligido cuidado
mal con temores reposa:
hoy á Oviedo he de llegar,
que, como os he dicho, allí
voy á gobierno.
ANA. ¡Ay, de mí!
MENDO. Alto, pues; haz aliñar,
Toribia, algo que comer.
LUIS. ¿Es hija?
MENDO. En casa nació
y mi mujer la parió,
y entonces había de haber
dos años que nos casamos.
LUIS. Buenas señas.
MENDO. Llega acá,
mochacha.
LUIS. Razón será,
cuando en vuestra casa estamos,
señora, que nos mandéis
en que os podamos servir.
ANA. No procuréis encubrir
dos mil gracias que tenéis.
TORIBIA. ¿Dos mil gracias? ¿Soy la cuenta
de perdón?
LUIS. ¡Donosa ha andado!
ANA. Sois tan bella que he dudado
si alabaros es afrenta,
porque alabanza no cabe
en la perfección mayor.
TORIBIA. ¡Alabáme vos, señor,
que no hay acá quien me alabe!
Desta suerte, padre, vos
alabá aquesta señora;
decidle que es sol y aurora
y estaremos dos á dos.
LUIS. ¿Quién es esotra serrana?
LUCÍA. ¿Quiéren alabarme?
TORIBIA. Sí;
también habrá para ti.
LUCÍA. Alaben hasta mañana,
no doy más que esto.
LUIS. El despejo
aumenta más su hermosura.
TORIBIA. Acá nos requiebra el cura,
pero es amante á lo viejo;
para toda la semana
tiene requiebros bastantes,
que, como los estudiantes,
los enjugó una mañana.
Los días de carne diz
que es nuestro rostro hechicero,
más sabroso que el carnero,
más tierno que la perdiz.
Los sábados no hay morcilla
que esté al humero segura,
es nuesa boca asadura,
nuesos ojos pajarilla.
Mas yo, á mi mal entender,

he llegado á pergeñar
que él pide con requebrar
lo que quijera comer.

ANA. Vos sois discreta y hermosa
y en las dos cosas perfeta.

MENDO. Rapaza: ¿quién te ha mostrado
aquesas bachillerías?

LUCÍA. Ellas vienen con los días,
que, aunque mos hemos criado
con las cabras y los güeyes
en buena conversaci6n
entre estos riscos que son
su corte, si ellos sus reyes,
tambi6n sabemos habrar.

LUIS. Donosa es la labradora.

MENDO. Entrad, hermosa señora,
donde podáis descansar,
que á fe que vendréis cansada.
Mochachas, á componer
lo que habemos de comer.

LUCÍA. La olla está aderezada.

MENDO. Asa un poco de jam6n;
Toribia: ve á la cocina,
haz matar una gallina,
y si no mata un cap6n.

LUCÍA. ¿Qué cap6n han de matar?
¡hemos de matar aquí
lo que hamos criado! (Llora.)

MENDO. Sí.

¿Por aqueso has de llorar?

LUCÍA. Herodes desos capones
han sido esos caballeros.

TORIBIA. Calla, no hagas pucheros.

LUCÍA. No he de sufrir sinrazones...

TORIBIA. Dalos á la maldici6n.
Lucía, parte á matallos,
que hay capones que son gallos
en llegando la ocasi6n.

LUCÍA. Eso siento si lo dudas,
que es quedar, aunque lo abones,
quitándoles los capones
muchas gallinas viudas.

TORIBIA. ¿Onde el mi querido hué?

LUCÍA. Como acabó de almorzar,
cansado, se entró á acostar,
y durmiendo le dejé.
El mi Juancho en el pajar
ronca como un descosido.

TORIBIA. Esta ninfa ca venido
ma dado que sospechar,
no quijera que lo vea...
¡Prega á Dios!...

LUCÍA. ¿Qué pregas?

TORIBIA. ¿Qué?

Vamos y te lo diré;
prego que orégano sea.
(Vanse las dos.)

ESCENA IV

DICHOS, menos TORIBIA y LUCÍA.

LUIS. ¿Y ha mucho que estáis aquí?

MENDO. Más de treinta años habrá
que aquesos presumo que ha
que para vivir nació.

Mas esto no es para ahora,
entremos en casa.

LUIS. Vamos.

MENDO. Puesto que no merezcamos
veros alegre, señora,
entrad y descansaréis.
Comeremos un bocado.

ANA. En aqueste verde prado
os suplico me dejéis
un rato por divertir
con sus flores mi tristeza.

MENDO. Pensión es de la belleza
tener siempre que sentir.

LUIS. Ana, procura alegrarte;
conmigo estás y yo soy
quien te y palabra te doy
que no tengo de faltarte
aunque mil vidas perdiera.

ANA. Mi sentimiento, señor,
no pone duda en tu amor.

LUIS. Sabe el cielo que quisiera
tu contento y tu quietud
más que el mío; sí, ¡por Dios!
Vamos, señora, los dos.
(Ap.) ¡Quién pudiera esta inquietud
consolar! Mas no conviene,
hija, callemos, quizá
el callar importará
al remedio que previene
mi amor en tan triste suerte,
pues no siendo conocido
valdré á mi hijo querido
librándolo de la muerte.
(Vanse Mendo y Don Luis.)

ESCENA V

Doña Ana sola.

ANA. ¡Buen lance habemos echado!
Tras de tantas desventuras
que en mi daño mal seguras
ni cesan ni se han cansado,
yo he llegado
á la desdicha mayor,
pues cuando esperé favor
para mis daños,
hallo de súbito en años
recién nacido el amor.
Cuando, huyendo de mi suerte,
infelices pasos daba
y tímida tropezaba
en los brazos de la muerte,
¡trance fuerte!
¡triste estrella! ¡adverso hado!
advierdo en mi triste estado
¡qué rigor!
que es la desdicha menor
morir para un desdichado.

ESCENA VI

Sale SANCHO.—DICHA.

SANCHO. Ya por quebrarle los ojos
á quien os le pudo dar
el coche truje á pesar

suyo, cesen los enojos,
que en despojos
de tan celestial pintura,
le pediré á mi ventura
por favor,
que ya que me dió el amor,
no me niegue esa hermosura.
Pardiez, si he de hablar verdad,
bien se me puede creer
que sois la primer mujer
que rindió mi voluntad,
y pensad
que me siento tan glorioso
en este lance amoroso,
que he creído
que siendo vuestro vencido
he quedado victorioso.
¡Mala Pascua me dé Dios
si en el punto que os miré
de la suerte no dudé
cuál fué mayor en los dos!
Admiro en vos
una perfecci6n discreta,
por miraros,
que la vista más perfeta
entre prodigios tan raros
se exhala como cometa,
y quisiera preguntar,
porque deseo saber,
¿cómo enseñáis á querer
á quien nunca supo amar?
Que es de admirar
que á tantos en las cadenas
enlacen á manos llenas
vuestros labios
á cuchilladas de agravios
y á puñaladas de penas.

ANA. Quien tan bien sabe decir
lo que desea explicar,
si es que no ha sabido amar,
¿cómo ha sabido sentir?
Séos decir
que si os falta sentimiento,
que en tan amargo tormento
puedo enseñaros
á sentir con obligaros
sintiendo lo que yo siento;
y si es que acaso es verdad
que os debo alguna afición,
débaos en esta ocasi6n
gozar desta soledad.

SANCHO. Ordenad
lo que fuéredes servida;
la obediencia me convida,
porque espero
que conozcáis lo que os quiero,
pues me aparto de mi vida. (Vase.)

ESCENA VII

Salen por otra puerta DON DIEGO y JUANCHO.
Doña Ana.

DIEGO. No he podido sosegar,
Juancho, porque considero
la poca seguridad

que en aquesta casa tengo.
Mis contrarios me persiguen
tan furiosos y soberbios,
que desos riscos umbrosos
habrán contado los senos.
No sé qué remedio intente.

JUANCHO. Al diablo le das remedio
y pulgas le das al diablo,
que en aquel pajar tenemos
hoy pulga, ¡juras á Dios!
que piensas que eres barbero
y pes pega un picotazo
que dejasá Juancho muerto.
Pulga hay que bien puede ser
con cordel mozo de ciego;
una pulga reverenda
toda vestida de negro,
piensa que es fraile benito
que te sales del convento.
¡Muerto vienes, pobre Juancho!

ESCENA VIII

Asómase TORIBIA al paño con un asador en la mano.
DICHOS.

TORIBIA. ¡Mal sosiega el pensamiento!
De la cocina me salgo
y á mi padre en ella dejo,
que un quillitro no me deja
poner los pies en el suelo.
Huí en busca de mi querido
y no está en el aposento;
mas helos adonde están.

DIEGO. Este es el mejor consejo,
á Madrid parto esta noche
si me dejan. ¡Anal!

ANA. ¡Diego! (Abrazanse.)
¿Es posible que mis ojos
tan gran ventura tuvieron?

TORIBIA. ¡Concertáme estas medidas!

DIEGO. No creerás á qué buen tiempo
te ven los míos, doña Ana.
Sin duda ha querido el cielo
dar consuelo á mis desdichas
con tu vista.

JUANCHO. ¿No merezco
que Juancho besas tus manos?

ANA. ¡Juancho! los brazos es premio
muy corto de tus servicios.

TORIBIA. Para todos hay refresco.
¡Qué socorrida mujer!
¿Qué haré, que rabio de celos?
No habrá una hora que llegamos,
porque ignorando el cochero
el camino, nos perdimos
después de varios sucesos,
que en esos montes pasamos
esta noche, hasta que el cielo,
con la luz de la mañana,
nos dió en esta casa puerto.
En ella os halló ventura,
que sólo pudiera serlo
entre tan grandes desdichas
como nos siguen; bien veo
que os ha de añadir disgustos